

Ricardo BLÁZQUEZ, *Iniciación cristiana y nueva evangelización*, ed. Desclée de Brouwer, col. «Biblioteca Catecumenal», Bilbao 1992, 478 pp. 12 x 19

Mons. Blázquez, Obispo de Palencia, ofrece en este volumen un conjunto de trabajos, originados en contextos diversos, pero que responden a una misma inquietud de fondo: la reflexión sobre el sentido e implicaciones de la «nueva evangelización» auspiciada por el episcopado español en su plan pastoral trienal 1990-1993, siguiendo la invitación lanzada en numerosas ocasiones por Juan Pablo II en los últimos años. Viene, pues, a sumarse a los importantes volúmenes ya publicados por R. Blázquez, especialmente sobre temas de eclesiología¹.

«El presente libro es un ensayo —confiesa el autor. La ‘nueva evangelización’, que es su tema, no sólo está comenzando como realización, sino incluso se halla todavía esclareciendo sus tareas, sus exigencias, sus métodos, sus contenidos, sus expresiones... Podríamos decir que la ‘nueva evangelización’ está ‘in fieri’ e ‘in cogitari’, es decir, en marcha incipiente y en elaboración teórica. La ‘nueva evangelización’ no se cumple en un plan de actuación pastoral de varios años; es como un nuevo horizonte apostólico, que debe ser oteado con mirada larga y atenta, y que debe ser recorrido con paciencia y esperanza» (p. 19).

El libro de Mons. Blázquez quiere ser una contribución a ese proceso de maduración ‘in cogitari’, por usar sus mismas palabras. Pero está lejos de ser una reflexión abstracta, sino que sus consideraciones procuran estar ancladas en su experiencia pastoral, especialmente vivida en torno al llamado «Camino neocatecumenal», del que el A. es un profundo conocedor, y al que dedica dos capítulos de su libro: «Un camino de iniciación cristiana» y «Seminarios para la nueva evangelización» (pp. 338-418)².

El A. asienta la clave de su libro en la siguiente convicción: la evangelización tiene que ver con los fundamentos de la existencia cristiana y de la Iglesia. «Existe una cierta connaturalidad entre iniciación cristiana y nueva evangelización. Recibir personalmente la Buena Noticia, el Evangelio, de que Dios existe, de que es bueno, de que nos ama, de que ha enviado a su Hijo al mundo para salvarnos, de que tiene la esperanza una meta inmarcesible... es lo mismo que creer, convertirse a Dios y entrar en la co-

1. Entre otros, vid. *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1988, recensio- nado también en esta revista (cfr. 22 [1990] 627-635).

2. Ya hace unos años le dedicó una reflexión expresa en R. BLÁZQUEZ, *Las comunidades neocatecumenales. Discernimiento teológico*, Bilbao ³1988, pp. 19-57

munidad cristiana. En nuestras Iglesias necesitamos nuevamente descubrir los cimientos del cristianismo, y de aquí partirá el servicio que deseamos ofrecer con renovada confianza a la humanidad en el umbral del tercer milenio» (pp. 16-17).

Desde este presupuesto, se abren los caminos de la nueva evangelización. A su juicio, «iniciación cristiana, catecumenado, catequesis misionera, actuación apostólica con inspiración catecumental... parecen ser los 'métodos' básicos para llevar a cabo la misión pendiente (...) Cercanía a los pobres, enfermos, ancianos, indefensos...; solidaridad con los excluidos y desheredados de la tierra; proximidad del buen samaritano a todos los caídos al borde del camino... son signos que anuncian y acreditan el Evangelio de la misericordia divina y de la dignificación humana» (p. 17).

Podemos dividir el contenido del libro en tres zonas diferenciadas. En primer lugar, los escritos dirigidos a precisar el concepto de «nueva evangelización», el motivo de su «novedad», su necesidad (cfr. los caps. «Tiempos nuevos de evangelización» y «Una Iglesia renovada para evangelizar»).

Un segundo espacio dedicado a la Iglesia como sujeto de esta evangelización: «La Iglesia, sacramento del Evangelio» y el cap. «Diversas formas eclesiales de evangelizar»; y la participación en esta tarea de los fieles laicos, especialmente la juventud («IV Jornada Mundial de la juventud y nueva evangelización»), la mujer («Participación de la mujer en la comunión y en la misión de la Iglesia»), y el sacerdocio ministerial («La comunión ministerial en la diócesis y al servicio del Evangelio»).

Finalmente, el A. dedica dos capítulos al «Camino neocatecumental», como movimiento originado por impulso del Espíritu en la Iglesia actual. Mons. Blázquez ofrece un análisis interesante de la Carta dirigida por Juan Pablo II a Mons. P. J. Cordes sobre las Comunidades Neocatecumenales, y también analiza la significación canónica y teológica del Seminario «Redemptoris Mater», de Roma, confiado a este movimiento.

En estas pocas páginas no cabe analizar por extenso la entera reflexión de las casi quinientas páginas del volumen. Queremos, por ello, limitarnos al aspecto central que guía las consideraciones de fondo. Nos ceñimos al primer capítulo del libro, que resulta programático para los capítulos posteriores: se titula «Nuevos tiempos de Evangelización».

El A. confiesa su certeza de que la nueva evangelización se inspira y tiene su punto de referencia en el acontecimiento de gracia del Concilio Vaticano II (pp. 22-24). Desde esta inspiración conciliar, la tarea que los tiempos reclaman no suscita sólo la renovación de instrumentos, medios

y objetivos, sino ante todo, un «nuevo talante evangélico (...) un renovado enardecimiento por la gloria de Dios y la salvación de los hombres» (p. 25). Analizando los textos pontificios de Juan Pablo II en que alude a esta tarea evangelizadora, también se decanta la necesidad de renovar los métodos, pero ante todo se trata de que la Iglesia tiene que «dar un gran paso adelante en su evangelización; debe entrar en una nueva etapa histórica de su dinamismo misionero» (Juan Pablo II, p. 27).

A partir de aquí, el A. analiza el significado cristiano del término «evangelización» y su calificación como «nueva».

a) *La «evangelización»*

Entiende que la evangelización supone una complejidad de elementos (anuncio, testimonio, adhesión, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas), todos ellos necesarios y complementarios, lo que significa que «solo la Iglesia, que es un cuerpo con diversos carismas, puede evangelizar cumplidamente. El acto evangelizador no es individual ni aislado, sino profundamente eclesial (...). Lo que cada cristiano, cada grupo, cada carisma pueda hacer en el orden de la evangelización está abierto a la complementariedad de los distintos y a la necesaria reciprocidad bajo el principio visible de la comunión, es decir, de los Obispos presididos por el Papa» (pp. 33-34).

En coherencia con esto, Mons. Blázquez pasa a ofrecer su aportación personal. A su juicio, merecen subrayarse los siguientes elementos en la nueva evangelización, siempre bajo el principio antes enunciado de no pretender el exclusivismo o exhaustividad, ni tampoco los presenta en orden necesariamente cronológico.

En primer lugar, el carácter de «anuncio» de la Buena Nueva: «La Iglesia debe ante todo presentar 'evangélicamente' a Jesucristo», sin refugiarse en la filosofía o en la polémica o en la amenaza. Ha de situar a los oyentes ante el kerigma de la muerte y resurrección de Jesucristo. «La presentación del Mesías crucificado y glorioso como la suprema acción salvífica de Dios» para que los hombres crean, reconozcan sus pecados y se vuelvan a Dios, sean bautizados y se incorporen a la comunidad (p. 35).

Desde esta radicación del evangelio en la persona, un segundo momento evangelizador —no cronológico— es la encarnación de la fe en la cultura: «En el dinamismo expansivo de la fe está también el campo de la cultura (...); no se trata ante todo de relacionar entre sí las magnitudes abstractas fe y cultura, sino de ver la radicación y acrecentamiento de la fe

en el sujeto creyente que es también hombre de cultura... La fe, al asentarse en el 'corazón', es decir, en el centro de la personalidad, modula profundamente al hombre: al hombre-artista que toma el pincel, al hombre economista que estudia las leyes que regulan la producción, la distribución y consumo de bienes, al hombre-novelista que narra sus sueños más lúcidos, al ciudadano en la familia, en el trato con los demás, en la proyección del futuro... La fe es como un alma que informa y da sentido a todo» (pp. 36-37).

Junto con esa «fe que se hace cultura», en expresión de Juan Pablo II, la conversión personal constituye un elemento imprescindible. «La evangelización convoca a un cambio profundo... que aspira a acoger sin reservas ni condiciones al mismo Dios... Esta conversión es don de Dios, que toca el corazón, y respuesta del hombre que compungido dice sí con todo su ser (...) Con sinceridad, al mismo tiempo atrevida y amorosa, el evangelizador trata de situar al hombre ante la verdad: sus insatisfacciones, sus engaños, sus pecados..., y ante Jesucristo, la mano tendida de Dios Padre a la humanidad» (pp. 37-38). El A. ve aquí la más ardua tarea de la nueva evangelización: consiste «en 'tocar el corazón' y alcanzarlo vitalmente»; «la evangelización tiende a suscitar un primer arranque, decisivo y dinamizador del hombre, sin el cual toda apelación ulterior no consigue resonancia ni consentimiento» (p. 39). La situación actual, en cambio, nos ofrece un vacío espiritual en muchos, «instalados plácidamente en la finitud», según las conocidas palabras de E. Tierno Galván (p. 40).

Mons. Blázquez entiende que todas las posteriores tareas cristianas están condicionadas por esta acogida personal; sin ella, «no se abre la puerta al itinerario del cristiano» y, en consecuencia, serían inútiles las llamadas a la participación en la misión evangelizadora. «La misma catequesis supone que ha prendido algo en el corazón del hombre». «Por esto en la 'nueva evangelización' es poco eficaz pretender enseñar la doctrina cristiana sin antes haber transmitido el 'kerigma', es decir, la palabra de la fe y de la conversión, sobre la cual se apoya aquella. Aquí, en la necesidad de la 'evangelización misionera', aparece uno de los rasgos distintos de nuestra situación en relación con otras situaciones anteriores» (pp. 40-41). Esto no quita que «haya que impartir doctrina en su momento, y que muchos cristianos de ayer y de hoy desconozcan lo más elemental de la fe». Pero el A. está persuadido de que «al que no ha dado el paso decisivo de acoger el Evangelio y de volverse a Dios, la dogmática y la moral cristianas les quedan aún muy lejos» (p. 43).

De aquí que la evangelización aspira a tocar el hombre en el centro de su vida, «hablarle en el nivel más hondo de su existencia». La evangeli-

zación no es «lanzar lamentaciones sobre la situación contemporánea, añorando otros tiempos que fueron supuestamente más propicios (...). El que la evangelización no consista en abrir la caja de los truenos no excluye, más bien lo incluye, que con respeto y libertad se vaya a la raíz del sufrimiento de los hombres, que se detecten el vacío, el engaño y los errores tanto personales como colectivos (...). El portador del Evangelio... no puede comportarse como los falsos profetas que anunciaban 'salvación'... cuando Dios pedía conversión como paso verdadero hacia la esperanza» (pp. 42-43).

b) *Su «novedad»*

Hay diversas denominaciones de la convocatoria actual, que suponen matices diversos (pp. 50-54): re-evangelización, auto-evangelización, segunda evangelización, nueva evangelización. Esta última expresión parece imponerse (p. 50). Es claro que el calificativo nueva confiere «al sustantivo un vigor singular y le orienta a la situación contemporánea».

La novedad actual significa que hay unas condiciones de la sociedad y del hombre distintas hoy que en otros tiempos. Ha cambiado «el contexto histórico y mental» (p. 55). En este punto, el A. comparte plenamente el análisis de Mons. F. Sebastián: «Lo que hay debajo de la convocatoria del Papa es algo tan simple y tan grave como esto: la cultura cristiana inaugurada en los tiempos de la evangelización, nacida más o menos directamente de la fe, creada a lo largo de los siglos por grandes creadores cristianos anónimos está en proceso de descomposición. La unidad cultural de Europa y del occidente cristiano se ha fragmentado. La fe cristiana no es ya la matriz cultural de Europa. La cultura que se vive ya no está hecha por hombres creyentes y por eso mismo ya no responde a las convicciones ni a las necesidades de la vida cristiana (...) Por una parte, creemos en Dios y en Jesucristo, queremos vivir prácticamente en conformidad con esta fe; pero por otra parte vivimos dentro de una cultura nueva, sometidos a los imperativos de nuevas formas de vida, que han nacido desde visiones ateas de la realidad y poco a poco se nos han ido imponiendo por la fuerza de la función estructurante de la vida y de la sociedad, y aún de la conciencia, que tiene la cultura dominante de una sociedad»³.

3. F. SEBASTIÁN, *En qué consiste la nueva evangelización*, en "La vida religiosa y la nueva evangelización, Madrid 1990, p. 113.

Ante esta situación, el A. reitera que «la nueva evangelización requiere una inspiración intensa en el primer modelo apostólico de evangelización, ya que es el paradigma de todos los comienzos y de toda renovación de la Iglesia. Pero la nueva evangelización no exige retornar a un punto cero y a un inicio absoluto; no quivale a ruptura con lo anterior» (p. 55). A su juicio, «su método tiene que ver con la iniciación cristiana; sus acentos, consiguientemente, están en el anuncio, lo central de la fe y el testimonio que respalda el valor de lo anunciado y la solidez de la promesa» (p. 57).

Con ello no quiere el A. reducir la tarea a un solo objetivo, a un solo método. Por el contrario, los quehaceres son plurales; también lo son las situaciones en que el cristiano que evangeliza se encuentra. Pero, a nuestro entender, Mons. Blázquez quiere subrayar que, en todo caso, se trata de ir a la raíz de la existencia humana, transformando desde el interior, y conduciendo a los hombres, a impulsos del Espíritu, hacia la «nueva criatura» renacida en Jesucristo.

Los desafíos de hoy son enormes, observa. De una parte, algunos querrían limitar la Iglesia a las necesidades «personales de naturaleza religiosa», excluyendo la fe de su dimensión social y pública. De otra parte, la pluralidad ideológica de los destinatarios de la nueva evangelización es muy amplio. También es plural la propia situación de los creyentes, según una tipología que reclama una diversidad de tratamiento (pp. 62.64-66).

Especial relevancia hay que dar al mundo juvenil, aunque la misma expresión, evocadora de cierta unidad como tal «mundo» lo ve discutible (p. 63). Conviene rescatar el sentido de la memoria en el cristiano, especialmente en el aprendizaje de la fe; refrescar la «convicción de la verdad» en el evangelizador, encarnada en su vida (p. 66); Dios, Jesucristo, la esperanza en la Vida eterna, el perdón de los pecados, la inviolabilidad de la conciencia, el valor sagrado del hombre... son temas que el mundo ha de escuchar (p. 68). La proposición no es imposición, pero la oferta de la fe debe ser clara en un diálogo sereno. El cómo se ha de enseñar presupone claridad en lo que hay que enseñar (pp. 68-69). Así, lo que se ha calificado en ocasiones como «temas malditos» de la catequesis, parece mejor verlos como temas «mal-dichos» (p. 73), que ha provocado su escasa atención e incluso olvido (pecado original, demonio, sacramento de la penitencia, cielo-infierno, Trinidad). La solución no es des-mitologizar, o reducir al silencio, sino «reencontrar la forma evangélica de hablar de ellos» (p. 74).

En fin, la tarea evangelizadora comienza por la misma Iglesia y cada uno de los cristianos. «Sin arraigo en Dios no hay evangelizadores» (p. 75).

Evangelizar supone transmitir un anuncio a partir de una profunda experiencia de Dios que implica oración, testimonio, celo apostólico, entrega, aceptación gozosa de la cruz doliente. Todas las vocaciones en la Iglesia están llamadas a esta convocatoria evangelizadora, también la vida contemplativa: «En la evangelización son radicalmente necesarios los cristianos que desde la soledad orante y virginal respaldan con su vida entregada sin reservas el Evangelio; ellos muestran que solo Dios basta en un mundo de consumo y de seguridades. Su oración de intercesión potencia misteriosamente los trabajos apostólicos. Son evangelizadores en el corazón de la Iglesia» (p. 79). Pero especialmente importante resulta hoy la actuación, desde su identidad cristiana, de los cristianos laicos, imprescindibles para convertir el mundo, desde dentro, en mundo reconciliado.

c) *Valoración*

Estas rápidas pinceladas, ciertamente breves, de la reflexión del A. sobre la «nueva evangelización», pueden esbozar las líneas de fuerza de su propuesta. Sin embargo, no cabe encerrar en estas pocas referencias la riqueza del libro, ni suplir su lectura. El resto de los capítulos serán desarrollos y precisiones sobre un aspecto u otro de los enunciados ya en este capítulo inicial, pero añadiendo consideraciones importantes. Especialmente interesante resulta, por su actualidad, el tema de la participación de la mujer en la Iglesia (pp. 282-310), y las consideraciones sobre el obispo y el presbiterio (pp. 311-337). También es digna de lectura la exposición que hace del Camino Neocatecumenal, en el que el autor ve reflejado uno de los ámbitos en que puede llevarse a cabo esta tarea de iniciación y evangelización actual.

Quien suscribe está de acuerdo sustancialmente con el planteamiento del A. Es difícil no advertir hoy la encrucijada histórica, y la novedad en que estamos situados los cristianos. Es verdad que la complejidad misma de las circunstancias llevaría a completar desde otros ángulos la reflexión de Mons. Blázquez. Tampoco tiene el libro la pretensión de decirlo todo. Más bien ha querido ir a al raíz del problema y apuntar algunas vías de solución. Quizá se podrán echar en falta ciertos temas que hubieran completado una visión más abarcante. Pero en un trabajo de «propuesta», como es éste, le interesa más al A. dejar clara su propia reflexión, autorizada en este caso por su propia experiencia de obispo, antes que intentar un análisis exhaustivo de factores, causas, circunstancias conexas, etc.

Quien siga de cerca las publicaciones en torno al tema de la «nueva evangelización» habrá podido comprobar los recelos de algunos, bien ante

la misma denominación, o bien —más importante— ante lo que entienden vislumbrar como pretendidas nostalgias restauracionistas de la Iglesia, ansiosa de recuperar el protagonismo social y el poder de otros tiempos. Pensamos sinceramente que esta perspectiva quizá ve gigantes en los molinos de viento. Las cosas van por otro lado. Ciertamente, es posible que todavía queden rastros de aquella mentalidad, aunque la Iglesia ha tomado ya tan buena nota de esta manera de hacer, que no parece necesario insistir en una mera dirección de denuncia de peligros.

En cambio, entendemos que el libro de R. Blázquez ayudará a convocar esfuerzos en el importante quehacer que se abre ante los cristianos, sin caer en las agotadoras disensiones intraeclesiales de cuya esterilidad tenemos experiencia suficiente en las décadas posconciliares. Ciertamente, caben distintos matices y subrayados a la hora de plantear la evangelización en la actualidad. Y el A. no oculta su simpatía por una determinada manera o estilo de llevarla a cabo, en el que quizá no todos se identificarán. Pero precisamente este aspecto es enriquecedor para el conjunto de la Iglesia. La naturaleza eclesial de la evangelización significa que nadie pueda monopolizar en exclusiva su propia visión absolutizada: «Cada teólogo pondrá los acentos —recuerda el A.—, en aquellos aspectos con los cuales por sensibilidad, preparación y experiencias sintoniza más hondamente; pero debe ser consciente de su limitación, respetar otras acentuaciones y buscar en la Iglesia, madre de la fe y sujeto de la evangelización, las auténticas dimensiones católicas» (p. 34).

Estas palabras podrán ser muy fecundas si son recogidas en la práctica con autenticidad. La misión de la Iglesia presupone la comunión. Sólo desde la unidad es posible un mensaje evangélico «para que el mundo crea».

José R. Villar

A. SISON, *La virtud: síntesis de tiempo y eternidad (La ética en la Escuela de Atenas)*, EUNSA, Pamplona, 1992, 471 pp. 14,2 x 21,3.

El autor se propone desarrollar una tesis tan clara y evidente como tremendamente actual y viva: la virtud es síntesis de tiempo y eternidad. Pudiera parecer que el tema es demasiado obvio como para dedicarle justamente 471 páginas y, sin embargo, el asunto no es tan simple: hay muchos aspectos o elementos mutuamente implicados y, por si fuera poco, mucho se ha escrito al respecto. Es interesante el largo y detenido recorrido del